

INTERVENCION DEL SR. FERNANDO DE SZYSZLO (PERU) EN LA
TERCERA SESION PLENARIA DEL CONGRESO DE LA COMUNIDAD
CULTURAL LATINOAMERICANA (1º FEBRERO 1966).

El problema complejo y apasionante de la integración cultural de América Latina, a mi manera de ver, depende, para que su existencia sea un hecho positivo y no simplemente la manifestación de un deseo sincero pero finalmente vago, de la solución, o, por lo menos del enfrentamiento de dos conjuntos de problemas de índole muy diversa que requieren, aún en esta fase inicial, de planteamientos, estudios y decisiones de orden muy diferente.

Uno es un problema espiritual, filosófico si se quiere, el otro es un conjunto de medidas prácticas. El primero corresponde a las razones profundas por las que creemos que puede existir una integración cultural en América Latina, el segundo a las disposiciones y medidas a tomarse para que esta unión entre los diferentes países pase del terreno ideal a la realidad efectiva. Creo que en este campo de medidas prácticas nos ha sido y nos será siempre más fácil llegar a un acuerdo total que en el primero. No me cabe duda que podremos llegar a decisiones y recomendaciones importantes que influirán y harán más sencilla la realización de este "mercado común de la cultura latinoamericana". La mejor difusión, el mejor conocimiento del arte de unos países latinoamericanos en los otros será un gran paso adelante. La eliminación de las trabas aduaneras que aún hoy hacen casi imposible la circulación de pinturas y esculturas en nuestros países, la programación de giras teatrales e intérpretes musicales de acuerdo con un plan previamente establecido sería ya una conquista capital, como lo sería la edición conjunta y la distribución adecuada de lo mejor de nuestra literatura.

Todo esto, repito, me parece fundamental y en parte para ello estamos aquí atendiendo a la generosa invitación de la Comisión de la Cultura de Chile. Pero, a mi manera de ver, el aspecto espiritual del asunto es más grave porque trata no ya de la difusión de la obra terminada, del contacto del creador con un público más vasto, sino del hombre (sea artista, crítico o profesor) en relación con su propia obra, de este hombre latinoamericano en relación a sí mismo, de su identidad.

Decía el escultor Brancusi que "no es difícil hacer una obra de arte, lo que es difícil es ponernos nosotros en las condiciones apropiadas para hacerla". Y creo yo que en nuestro caso esas condiciones apropiadas incluyen una toma de conciencia de nosotros mismos como pertenecientes a un determinado grupo humano. El primero y el más importante de los problemas que surgen de esta toma de conciencia es un problema de identidad. "A los pueblos en trance de crecimiento -dice Octavio Paz- el ser se les manifiesta como una interrogante: ¿Qué somos y cómo realizaremos eso que somos?" -y añade más adelante: "A pesar de la naturaleza casi siempre ilusoria de los ensayos de psicología nacional, me parece reveladora la insistencia con que en ciertos períodos los pueblos se vuelven sobre sí mismos y se interrogan. Despertar a la historia significa adquirir conciencia de nuestra singularidad, momento de reposo reflexivo antes de entregarnos al hacer".

Quizás se deba al hecho de que nuestra identidad es tan frágil el que seamos tan concientes de ella. Pero no importan las razones en este caso, importa comprobar que aún si sabemos que con -

el tiempo y el desarrollo de estos países el problema cesará de existir, lo hará solamente al resolverse, es decir al ser encontrada esta identidad (razón por la cual nadie se plantea el problema de la búsqueda de identidad de un francés o de un inglés), pero hoy tal problema existe para nosotros y no creo que sea ignorándolo o negándolo que nos pondremos en las condiciones apropiadas a que hacía mención Brancusi, para crear un arte duradero. La evasión no creo que pueda producir o haya producido sino imitaciones más o menos astutas de obras ajenas. Existe otro camino la elección del exilio, que es el caso de algunos intelectuales latinoamericanos que al trasladarse a sociedades completamente desarrolladas se han relevado del problema al asumir la identidad de los grupos donde viven y trabajan. El problema concierne a los que hemos identificado, conciente y voluntariamente nuestros destinos con los destinos de estos grupos humanos. Y en este sentido es penoso pero necesario decir que, en el campo de la pintura, por lo menos, el ochenta por ciento de la producción latinoamericana es más colonial, en el verdadero sentido de la palabra que la pintura que se hacía en el Cuzco durante la colonia española - en los siglos XVII y XVIII, pues si en aquella época indios y mestizos trataban humildemente de copiar lo que grabados importados y maestros españoles les dictaban, lograron a pesar de todo, claudesimamente, transformar sus modelos hasta estamparles un sello propio hasta lograr expresar a través de ellos una imagen original del mundo, cosa que no sucede en los casos actuales antes mencionados.

No está demás decir ahora que no se trata en todo esto de un programa ni de un método y que esta autonomía de la cultura latinoamericana la veo como el resultado de un tema de conciencia, no como la persecución deliberada y conciente de unas características regionales, que al igual que la originalidad son solamente los signos apreciables a posteriori de una verdadera obra de arte, en cierta manera un sub-producto de ésta, nunca el punto de partida o su motivación.

La toma de conciencia de este problema de identidad implica un compromiso profundo con la realidad actual de estos países y en todos sus órdenes incluyendo el político y social, implica también un compromiso con sus destinos y una relación no fosilizada ni académica con su pasado. Esto es particularmente evidente en países como México, el Perú, y en general todos los países andinos que tuvieron una cultura precolombina. El conocimiento de que siglos atrás en estas mismas regiones, en Paracas, en Chavín, en la meseta mexicana y en la jungla del Yucatán proponíamos sin esfuerzo y con autoridad soluciones bellas y nuevas a los eternos problemas de la expresión plástica me ha contribuido en manera pequeña a esta angustia que algunos latinoamericanos tenemos hoy -- por encontrar nuestro propio lenguaje. Pero repito no trato de proponer aquí ni un programa, ni un método, ni tampoco el absurdo que alguna vez se planteó de cerrar los ojos a lo que se hace fuera, equivalente de aquel otro que, por desgracia, tiene todavía alguna vigencia en América Latina, de sólo tenerlos abiertos para lo que se hace fuera. Creo que nuestra obligación es usar las herramientas y las conquistas que haya hecho el hombre en cualquier latitud pero ponerlas a nuestro servicio, usarlas para formular nuestras propias respuestas, nuestras propias soluciones que sólo así pueden ser válidas y eficaces. Lo contrario de lo universal no es únicamente lo provinciano, es también lo cosmopolita, que quizás no sea sino la forma más sutil del provincialismo. Y permítanme decir aquí que cuando hablo de que se trata de encontrar un lenguaje que por ser propio será simultáneamente universal, no pretendo decir que no tengamos ya en América Latina ejemplos de -

ello y, más aún, ejemplos contemporáneos: César Vallejo, Pablo Neruda, Octavio Paz, Rufino Tamayo, Juan Rulfo, Jorge Luis Borges y Oscar Niemayer, Alejo Carpentier, Wilfredo Lam y José María Arguedas, para mencionar algunos ejemplos.

Así pues creo que un artista latinoamericano debe estar conciente de todos estos problemas, de nuestra geografía agresiva y de la dictadura en Brasil, de la música electrónica y de la poesía quechua y luego, como quería Rilke, para crear debe olvidarse de todo y esperar que desde su propia noche vuelvan todos estos elementos y sensaciones, asimilados, hechos sangre propia, entonces habremos llenado, quizás, esas condiciones apropiadas para crear una obra auténtica.

Creo que nuestra generación verá la culminación de esta batalla en que estamos empeñados. A mi manera de ver América Latina vive ahora su verdadera guerra de independencia. De independencia económica, política, social pero, inseparable de éstas, de independencia cultural. Es una batalla que se da y se dará en todos los frentes. Y creo que los artistas latinoamericanos debemos ser extremadamente concientes de que nuestra batalla y nuestra tarea principal se dará en el campo de la creación artística. Debemos contribuir con todas nuestras energías a la transformación social y económica de nuestros países, pero no debemos olvidar que en el único terreno en el que nuestro trabajo puede ser indispensable es en el de la creación artística y el pensamiento. Es seguramente en relación con esta función que Malraux dice que "ama pensar que uno de los significados de la palabra arte es el de dar a los hombres conciencia de la grandeza que tienen e ignoran en sí mismos". Y Camus decía: "todos los grandes reformadores intentan construir en la historia lo que Shakespeare, Cervantes, Moliere y Tolstoi han sabido crear: un mundo siempre presto a saciar el hambre de libertad y dignidad que está en el corazón de cada hombre. La belleza, sin duda, no hace las revoluciones. Pero llega un día que las revoluciones tienen necesidad de ella. Su norma que niega lo real pero que al mismo tiempo le da su unidad, es también la de la rebelión. ¿Se puede rechazar eternamente la injusticia sin dejar de saludar la naturaleza del hombre y la belleza del mundo? Nuestra respuesta es: Sí".

En estos tiempos de técnicos y economistas, agobiados por las expresiones "ingreso per capita", "standard de vida" y similares, olvidamos muy fácilmente qué cosa quiere decir realmente progresar y qué cosas son necesarias para que un grupo humano mejore cabalmente su nivel de vida, y más aún qué quiere decir en última instancia la expresión "nivel de vida".

Con razón decía Paul Valéry que uno debería tener una vida para prepararse y otra para ser, porque lo tremendo de la condición humana es que ya sea en tanto que individuos que como grupo, debemos prepararnos y ser al mismo tiempo. Y si es obvio que lo primero que un país necesita es alimentarse y vestirse, lo es también que ello no es suficiente, pues hay una dimensión anímica que debe ser, simultáneamente, alimentada a riesgo de que el grupo, la nación cese de existir espiritualmente como tal. El ejemplo de lo que ha sucedido en algunos aspectos de la cultura de Puerto Rico, a raíz de la colonización espiritual y material de los Estados Unidos creo yo que debería abrir los ojos a los más escépticos y a los que con más indiferencia siguen este tipo de razonamientos.

Para que un grupo humano se constituya como tal es necesari-

rio que tenga no solamente un pasado que pasivamente lo determine sino que tenga la validez de un proyecto histórico capaz de mover voluntades dispersas y dar unidad y trascendencia al esfuerzo solitario, decía Ortega. Para alcanzar nuestro destino, debemos construir para el presente, apoyados en nuestro pasado, y pocos pueblos en el mundo pueden como los latinoamericanos mirar con tanta confianza y orgullo hacia atrás. Sin duda alguna que no pretendo proponer la inmóvil veneración de lo pasado, pero si hablamos de integración y de una nueva cultura y de un nuevo hombre latinoamericano, tenemos que construir escuelas, pero también museos, para que la gran masa de habitantes de nuestros países encuentren frente a las obras maestras producidas en estos mismos lugares por gentes que vivieron hace muchos siglos y que lucharon y vencieron a esta misma naturaleza hostil de nuestras tierras, encuentren en ellos, repito, la fuerza y la grandeza para descubrir la dimensión y la unidad de nuestro destino.

Insisto en que nada podría ser más peligroso a mi juicio, que la idea de que hay que llenar primero las necesidades materiales del pueblo, que de las otras ya habrá tiempo en el futuro de ocuparse. Un pueblo en el cual su tradición, sus mitos, su historia no forma parte de su sangre, está destinado a ser absorbido espiritualmente y materialmente por otros. Por contraste con el caso de Puerto Rico, se puede dar el ejemplo de México, país que también ha soportado la misma avalancha de turismo americano, la misma vecindad y presión cultural de parte de los Estados Unidos y que, sin embargo, ha conservado intacta su personalidad. Si consideramos que en la época en que vivimos con el enorme avance de los medios de comunicación, que no cabe duda alcanzarán cada vez sectores más y más vastos de nuestra población, que estarán -lo están ya en cada una de nuestras capitales- sometidos a la influencia tenaz de la televisión, cuyos programas son y lo serán por mucho tiempo, importados, convendremos en que nuestros niños y adolescentes vivirán en un ambiente en que sus leyendas, sus héroes, sus mitos, serán las leyendas, los héroes y los mitos de otros pueblos y que en lugar de que la personalidad de nuestros pueblos se vaya perfilando con el transcurso del tiempo, ella se hará cada vez más borrosa, más vaga y más indeterminada. Creo por eso que todo lo que nosotros hagamos por ayudar a nuestros pueblos a encontrar su identidad, a afianzar los matices propios de su personalidad, por mostrar con orgullo a propios y extraños nuestra herencia y nuestra realidad artística actual, es una empresa de primera necesidad y además impostergable en un momento como el presente en que la conciencia histórica de nuestros países no solamente ha despertado, sino que está ávida y vigilante y debe por ello ser fomentada y proveída con los elementos propios para su enriquecimiento y desarrollo.

Ninguna labor de renovación efectiva podrá ser llevada a cabo si no se renueva desde su base la forma como miramos a nuestro pasado y a nuestro presente, porque ella representa en definitiva la forma cómo nos miramos a nosotros mismos. Nada habrá cambiado si nos empeñamos a llevar siempre sobre nuestros frutos, pasados o contemporáneos, la mirada fatigada y en verdad indiferente del señor colonial contemplando las curiosidades de los aborígenes. Nada habrá cambiado si nos empeñamos en preferir lo que viene de fuera por esa única razón. Nada habrá cambiado si continuamos a ejercer una clandestina presión sobre nuestros artistas para que estén al día con lo que se hace en París o Nueva York, seguiríamos indefinidamente produciendo objetos y libros falsificados, imitados, deshabitados. Y en un

continente, como es América Latina, que será cada vez más mestizo, según se vayan asimilando a la vida de nuestros pueblos las masas campesinas, creo que los intelectuales debemos ser -
precursores de una toma de conciencia que es, en cualquier caso, inevitable e incontenible. Se trata en última instancia -
de que mostremos ahora a qué lado de la historia nos ponemos.
